

Herramientas para la inclusión: de la educación a la sociedad

(Keys for Inclusion: from Education to Society)

Dr. Iago Pérez Santalla.
(Universidad de A Coruña)

Páginas 13-30

ISSN: 1889-4208
e-ISSN: 1989-4643
Fecha recepción: 13/06/2017
Fecha aceptación: 15/11/2017

Resumen

En una sociedad que tiende a la diversidad resulta imprescindible introducir la inclusión como modelo educativo. Este modelo se basa en la comprensión para forjar una interacción con la diferencia entendiéndola como una oportunidad de enriquecerse en un espacio compartido. La inclusión nos muestra cómo es posible establecer autorrealizaciones personales en un espacio colectivo compartiendo beneficios.

A partir de aquí, se tratará de establecer el conjunto de herramientas que, desde el espacio educativo, se pueden practicar para contribuir al desarrollo de la sociedad. El objetivo de este estudio es dar al educador una metodología que le permita impulsar al alumnado a construir su propio proyecto vital, teniendo en cuenta la realidad en la que vive y la necesidad de establecer interdependencias y sinergias con la misma.

Estas herramientas se basan en un modelo socioafectivo que tiene como base fundamental la empatía y la comprensión para establecer un diálogo anclado en los contenidos que le ofrece la realidad. Por lo tanto, esta metodología se sitúa en un paradigma crítico que tiene como misión compartir ideas y visiones sobre el contexto de convivencia que nos es propio.

Palabras clave: *Igualdad de oportunidades, cooperación, voluntad, educación moral, autoaprendizaje, comprensión.*

Abstract

In a society which tends to diversity it is necessary to introduce inclusion as an educational model. This model is based on understanding in order to interact with the difference understood as an improve opportunity within a shared space. Inclusion shows us how it is possible to establish personal self-fulfillment in a collective environment sharing benefits.

Thereon, educational keys which may help in the development of society will be established. The objective of this article is to give the educator a methodology that allows him to encourage students to build their own life project, taking into

Como citar este artículo:

Pérez Santalla, I. (2017). Herramientas para la inclusión: de la educación a la sociedad. *Revista de Educación Inclusiva*, 10(2), 13-30.

account the reality in which they live and the need to establish interdependencies and synergies with it. These tools are based on a socio-affective model based on empathy and understanding to establish a dialogue anchored in the contents offered by reality. Therefore this methodology is situated in a critical paradigm whose mission is to share ideas and visions about the context of coexistence that is our own.

Keywords: *Equal opportunity, cooperation, will, moral education, self-instruction, understanding.*

1. Introducción

El modelo inclusivo es fruto de una evolución sociocultural que plantea un viaje desde la exclusión para establecer distintas formas de convivencia que tuvieron más o menos aceptación social. Muchas de estas formas siguen vigentes y sustentadas por determinados corpus ideológicos que plantean dicho modelo social como respuesta a la diversidad.

Partimos de un hecho: estamos ante una diversidad social que tiende a la complejidad y que exige una respuesta a sus necesidades. Edgar Morín (2001) afirma que “el tesoro de la humanidad está en su diversidad creativa pero la fuente de su creatividad está en su unidad generadora” (p.79). Con esta premisa empieza el autor a proponer toda una teoría de la complejidad que defiende una unión de saberes que, al mismo tiempo, respete escrupulosamente la diversidad. De esta manera, Morín (2001) afirma que:

El respeto a la diversidad significa que la democracia no puede identificarse con la dictadura de la mayoría sobre las minorías; debe incluir el derecho de las minorías y contestatarios a la existencia y debe permitir la expresión de ideas heréticas y marginales (p. 132).

A partir de aquí, podemos empezar a argumentar la siguiente premisa: el modelo inclusivo es el más capacitado para acometer la gestión de esta diversidad. Antes de empezar a justificar nuestra premisa, conviene recordar que la diversidad es un hecho latente en la sociedad, independientemente de que decidamos responder o ignorar su existencia. En esta decisión, siguiendo a Pérez (2015), estamos apostando por un determinado modelo social que puede ser exclusivo (la mayoría ignora la diferencia), asimilador (la mayoría impone sus condiciones y le da la oportunidad de adaptarse a la minoría a costa de dejar de ser ella misma), integrador (la mayoría acepta a la minoría estableciendo formas compensatorias a nivel educativo), naturalizador (la presencia de la diferencia se vuelve cotidiana y se tiende a desarrollar actividades conjuntas), normalizador (dicha presencia se asume políticamente y se tiende a un diseño para todos y a impulsar la igualdad de oportunidades) e inclusivo (cuando la diferencia es considerada como un valor añadido que se debe potenciar y proteger).

El modelo inclusivo supone una ampliación de miras para forjar un frente común por el bienestar social. Ya no se trata de que un determinado colectivo se una para defender sus derechos sino de que todos los colectivos considerados vulnerables se entretengan en un frente común para conseguir un mayor nivel de bienestar. Esto supone un cambio de enfoque en el asociacionismo de modo que

una determinada causa, además de buscar medios para su propio fin, se alíe con otras causas para llegar a un fin superior que es el bienestar colectivo. Una sociedad inclusiva necesita mirarse colectivamente en el espejo de la diversidad; por eso tiene su piedra angular en el reconocimiento y la visualización del mosaico social que nos es propio para, a partir de ese mosaico, generar un espacio de interdependencias en el que se produzcan sinergias que caminen hacia el bienestar colectivo.

Para tejer inclusión, para conseguir un espejo social que refleje el verdadero mosaico que nos compone, es necesaria una educación dialógica, abierta al contexto espacio-temporal sobre el que trata de intervenir. Esto quiere decir que tenemos que ampliar los espacios educativos hasta llegar a una educación permanente que tenga como destinataria a la totalidad de la comunidad. Estos espacios educativos tienen que ser un punto de encuentro entre los distintos colectivos. En ese punto de encuentro hay que construir conocimiento más allá del prejuicio para, a partir de este conocimiento, forjar proyectos comunes.

Por lo tanto, existe un modelo social hacia el que tenemos que caminar que es la inclusión y un modelo educativo que nos permitiría hacer ese camino. Ese camino se forja a través de la construcción de espacios de convivencia en los que convertir la diferencia en un valor comunitario que impulse el desarrollo sociocultural.

Este modelo educativo tiene un carácter social que supone una ampliación de contextos. De modo que, aparte de los centros reglados de enseñanza como son infantil, primaria o secundaria, tenemos los centros cívicos como un punto de encuentro intergeneracional y, por supuesto, intercultural. A partir del centro cívico, se puede articular todo un entramado de relaciones que empiecen a cultivar sinergias hacia el bienestar.

Construir una sociedad inclusiva precisa de un pilar fundamental que es el reconocimiento de cada persona como un ser único e irrepetible. A menudo, la diversidad funcional se valora por límites, reconociéndole “un grado de minusvalía”; sin embargo, la realidad y la historia nos demuestran que toda persona tiene capacidades para hacer su propio camino. Frente a los límites que recoge la idea de “minusvalía” se propone el concepto de ílmite que es, según Pérez (2015).

La mejor capacidad y competencia de una persona, aquella que cuando se desarrolla la impulsa a la movilización de su potencial, dándole satisfacción, aumentando su autoconfianza y generándole fuerzas para seguir. En esta actividad la persona se descubre a sí misma y empieza a buscar posibilidades de desarrollo en su entorno a través del establecimiento de relaciones de interdependencia con las personas que la rodean (p. 23).

Partiendo de este concepto, las personas tienen que realizar un doble proceso para reconocerse a sí mismas:

-Consciencia del límite. Aceptación de que existe un conjunto de áreas vitales en las que su desarrollo tendrá más dificultad. El límite no se suscribe exclusivamente a la diversidad funcional, sino que está presente en la totalidad de la humanidad. La riqueza de la humanidad es ser un colectivo de capacidades diversas, imposibles de aunar en una sola persona por lo que como se verá más adelante su evolución exige interdependencia.

-Consciencia del ílmite. Descubrir nuestro ílmite es descubrir nuestra área de autorrealización y de creación de un legado propio e irrepetible que precisará de las sinergias de las personas que nos rodean. En el mundo de la diversidad funcional el ílmite tiende a diluirse ante la severidad de los límites; por ese motivo es necesaria una mayor incidencia en los ílmites, procurando sacarlos a la luz y hacerlos obvios ante una sociedad que queremos convertir en inclusiva.

Esta teoría nace de una reivindicación que es la necesidad de valorar a las personas por aquello que pueden desarrollar y no por aquellas áreas en las que tienen mayor dificultad. A menudo, las personas con diversidad funcional se enfrentan con el hecho de que un buen currículum queda ensombrecido por la obviedad de la discapacidad. Se trata de una clara minusvaloración de la persona por no saber divisar más allá de lo latente. Esto genera un prejuicio que puede derivar en 3 actitudes:



Figura 1.

Hay un modelo justo que es la naturalización que consiste en convivir con la diferencia hasta convertirla en parte fundamental de nuestra propia existencia. Este modelo se forja en la cotidianeidad y con el paso de los años convierte la diversidad en algo intrínseco de su propia realidad, algo que compone su propia vida y que es tan imprescindible como cualquier otro aspecto de la misma.

Esta realidad nos obliga a manejar un concepto de inclusión mucho más complejo que abarca a la totalidad de la comunidad y no sólo a aquellos colectivos identificados como minorías. Si la comunidad se reconoce a sí misma surgen nuevas oportunidades siempre sustentadas en el establecimiento de una

interdependencia real que nos lleve a entretajernos sinérgicamente frente a problemas individuales o colectivos.

Educar en el respeto a la diferencia es buscar puntos de encuentro en los que la diversidad pueda crear colectivamente. En este sentido, no podemos confundir respeto con ignorancia: en el primer caso hay una relación dialógica que lleva a una gestión de intereses comunes y, por lo tanto, un reconocimiento explícito del otro. En el segundo caso, estamos ante la coexistencia típica de la segregación.

Para incluir es necesario conocer y establecer similitudes y diferencias, contribuyendo al desarrollo tanto de lo común como de lo diferente.

La pregunta ahora es claramente metodológica: ¿cómo educar para convertir una sociedad diversa en inclusiva? En primer lugar, debemos tener en cuenta el entramado educativo citado anteriormente. Posteriormente, hay que definir herramientas que generen consciencia de la realidad en la ciudadanía y que nos lleven a establecer objetivos comunes sobre el escrupuloso respeto a la diferencia.

Existe una serie de herramientas metodológicas que puede ayudarnos a recorrer el camino hacia esa sociedad inclusiva. A continuación, se definirán distintas formas de generar consciencia cívica:

2. Coaching y acción dialógica.

El coaching es un diálogo de consciencia entre dos personas que intentan recorrer un camino entre un estado real y otro ideal. Este camino requiere conocer la realidad y todas sus limitaciones tanto a nivel físico como a nivel social.

Una de las primeras funciones del coaching es el descubrimiento de la realidad. Paralelamente a esta función, transcurre la proyección personal sobre la misma. El primer contacto con la realidad se vuelve un proceso identitario que responde a la pregunta ¿quién soy? a través de la formulación de tres conceptos básicos:

-Propósito. Trata de responder a la pregunta ¿para qué estoy aquí? La respuesta es nuestro lema vital y está impregnado de una escala de valores que determinará la construcción de nuestro proyecto.

-Misión. Constituye el conjunto de quehaceres de nuestro día a día. Está sujeto a la escala de valores y determina lo que como seres creativos leguemos a nuestros sucesores. La misión es lo que construimos teniendo en cuenta la perspectiva de ciclo vital.

-Visión. Es el cómo que construirá lo que queremos ser. Es nuestra metodología vital, la que nos permitirá invertir nuestro tiempo en un legado vital que permanecerá más allá de nosotros mismos.

Estos tres conceptos básicos precisan ser desglosados en objetivos que, día a día, nos acerquen a su materialización. El objetivo es un proceso de transición entre un estado actual y otro estado ideal que nos permite llevar a cabo en tiempo y forma las acciones necesarias para alcanzar dicho estado. Ese camino precisa de una definición clara del estado y, posteriormente, de una concreción de tareas y de metodologías que componen el cómo se lleva a cabo la materialización de la visión. Una de las partes fundamentales de la construcción del objetivo es su concordancia con la escala de valores. De ella dependerá, no sólo su éxito final, sino la superación de obstáculos y la búsqueda

de recursos en su materialización. Resulta fundamental creer en las propias perspectivas y acometer un análisis crítico sobre los obstáculos y los recursos que nos encontramos de forma que en el transcurso de la materialización aprendamos haciendo. De este modo, podemos reconducir el error en el mismo camino que construye el objetivo. Se trata, por lo tanto, de una evaluación continua que proyecta incorporando su propio aprendizaje.

Una de las facetas más importantes del coaching es la generación de perspectivas sobre el asunto que se trata. Esto equivale a una visión poliédrica de la realidad en la que todas las perspectivas tienen que ser argumentadas y escuchadas. Además de las perspectivas analíticas existen perspectivas socio afectivas que ponen de manifiesto el vínculo emocional del colectivo con lo tratado y que deben tener un especial peso a la hora de formular las posibilidades de un camino común.

Estas perspectivas deben perseguir un doble objetivo: por una parte, tienen que atender a una vertiente personal en la que se desarrolla un proyecto vital que tiene que abrirse oportunidades en su propia realidad. Por otra parte, tiene un objetivo comunitario que es incluir a todas las personas socialmente. Por eso, son tan importantes las perspectivas socio afectivas porque sólo ellas nos llevan a desarrollar un proceso de empatía en el que reconocemos la situación del otro procurando facilitarle una salida.

Como herramienta básica de consciencia, el coaching tiene en la comunicación verbal, en el diálogo, su arma vital, el arma que le da razón de ser, a través de ella la persona vislumbra ideas y oportunidades, descubriendo otras formas de ver la vida y de orientar el tiempo vital. Se trata de aprender a pensar y de reflexionar para actuar. La acción dialógica es la base del conocimiento y reconocimiento colectivo. A través de ella se crea la comunidad y a través de ella la comunidad toma decisiones. Si la creación de la comunidad es un proceso inclusivo y empático, la acción dialógica tiene que ser un garante de participación de la minoría, de modo que la ejecución de una decisión mayoritaria se haga de la forma menos perjudicial para la minoría.

El diálogo nos facilita una poderosa arma evolutiva: la pregunta. A través de ella tomamos consciencia de la situación propia y la de las personas que nos rodean. Entonces surge la necesidad de actuar en colectivo para desarrollarse como comunidad y caminar hacia el bienestar.

La acción dialógica es, por lo tanto, un proceso empático de reconocimiento colectivo que facilita el establecimiento de las bases de la convivencia respetando las identidades personales.

La acción dialógica nos lleva a generar una imagen objetiva de la realidad, pero debemos tener en cuenta que no es una foto fija sino una foto que nosotros podemos moldear según nuestro propio criterio. Una de las características más importantes de la acción dialógica es abrir posibilidades de cambio por lo que, de alguna manera, nos viene a demostrar que nada está perdido y todo puede ser de la forma que nosotros, colectivamente, decidamos.

Para ejemplificar lo que pretende la acción dialógica, situémonos en el mundo de la diversidad funcional. Es un colectivo en el que la emancipación cuesta mucho debido, en gran parte, a la sobreprotección familiar. Es necesario, por un lado, hacer ver a las familias los límites de la persona e ir facilitando la creación de una confianza que permita abrir un espacio de libertad en el que la persona pueda ser ella misma y sus familiares se sientan seguros. En este caso, el coaching tiene que trabajar con ambas partes y generar consciencia tanto de

la realidad a la que se enfrentan como de los límites de la persona que trata de autodeterminarse.

La creación de perspectivas sobre la propia situación siempre acaba abriéndole caminos a la rotonda de la adversidad. De modo que, al valorar el límite, se difuminan los callejones sin salida y aparecen posibles caminos fruto de múltiples perspectivas que nos ayudarán a decidir el más adecuado para nuestros objetivos

La consciencia de las perspectivas analíticas y las socio-afectivas nos tienen que llevar a generar distintas opciones que podemos representar como caminos de una rotonda.

3. Toma de decisiones

El coaching nos propone la posibilidad de desarrollar una sociedad comprensiva, capaz de tener en cuenta a la minoría y facilitarle su propio desarrollo. La toma de decisiones colectiva supone hacernos la pregunta de cómo queremos ser para, a continuación, preguntarnos para qué queremos ser así. Esto nos sitúa en una rotonda a la que tenemos que abrir caminos basados en la reflexión colectiva y, por supuesto, en una toma de decisiones democrática.

Ante esos caminos y antes de emprender nuestra elección, tenemos que reflexionar desde una visión poliédrica en la que cada arista contiene una perspectiva de la situación o una posible solución a la misma. Las soluciones tendrán partes positivas y partes negativas; se trata de hacerlas explícitas, analizar cada una de ellas y sopesarlas para procurar construir la decisión adecuada. En esta balanza también hay que tener en cuenta que una sociedad inclusiva no puede permitirse daños colaterales; por lo tanto, la toma de decisiones tiene el reto de tomar en consideración todas las posiciones procurando respetar a la mayoría sin perjudicar a la minoría. En el caso de que la decisión mayoritaria perjudique o excluya a una parte de las personas afectadas debería verse la manera de paliar esos efectos; ya que la inclusión conlleva velar por el bienestar de la totalidad de la comunidad.

La visión poliédrica nos ayuda también a determinar el vínculo emocional de la persona o grupo con la decisión que se toma, pudiendo prever las posibles consecuencias socio-afectivas de cada opción. En muchas ocasiones, no se tiene en cuenta que, aunque intentemos tomar la decisión de modo racional, siempre existe una implicación emocional con la misma, dado que hay una afectación personal. Por lo tanto, no debemos obviar las emociones presentes en cada toma de decisiones porque de ellas depende la materialización de la opción que elegimos. El ser humano es emocional y esto no se puede castrar en ningún ámbito de la vida.

En el mundo de la diversidad funcional, la toma de decisiones es el primer paso para hacerse cargo de sí mismo. En este punto, tenemos que diferenciar entre la diversidad funcional de nacimiento que supone adaptarse a la vida y la diversidad funcional adquirida que supone una readaptación precedida de una asimilación de la nueva situación de dependencia. Teniendo clara esta importante diferencia es necesario en ambos casos que la persona se haga cargo de su situación procurando el máximo grado de autonomía dentro de ella.

Hacerse cargo implica huir del victimismo, cambiar la óptica del porqué por la óptica del para qué: la primera nos cierra las posibilidades de la rotonda;

la segunda nos las abre para analizar cómo podemos reformular nuestro proyecto vital.

Salir de nuestra zona de confort equivale a empezar a diseñar nuestro propio futuro, de forma que, cuando nos hacemos cargo de nosotros mismos y nos volvemos buscadores de oportunidades, surgen sinergias que empiezan a apoyar la construcción de nuestro camino.

4. Complejidad e interculturalidad

Existe una necesidad latente de educar para el reconocimiento de una sociedad compleja, una sociedad con una alta capacidad de movilidad que la obliga a convivir con la diferencia. La complejidad humana no puede estar enfrentada con su diversidad, ambas se complementan en el motor unitario que mueve el mundo: la creatividad humana.

La complejidad exige el constante reconocimiento de nuestro interlocutor y su valoración como una parte imprescindible de nosotros mismos. De este modo, el dilema de la unidad o la diversidad se resuelve de la mano de la acción dialógica que nos permite reconocernos como humanidad y considerar las diferencias como parte de una unidad generadora que es la creatividad que compartimos.

El estudio de la complejidad humana conlleva una continua visualización de la realidad para comprobar cómo somos diversos por naturaleza y lo único que podemos decidir es la gestión de dicha diversidad. El dilema no está, pues, en el hecho de la diferencia que como hecho es irrefutable, sino en cómo gestionar dicha diferencia.

Entre la unidad generadora y la diversidad creativa que define Morín (2001) tenemos el diálogo como herramienta de conocimiento que destruye prejuicios hasta reconocernos en la creatividad de la humanidad para admirar la diversidad que fuimos capaces de construir. Se trata de unirnos para hacer imprescindible toda creación humana, compartiéndola de modo global. La complejidad nos invita a reconocernos como seres inconclusos de creatividad ilimitada capaces de reformular constantemente la visión de la realidad para aportar un conocimiento nuevo.

Resulta básico generar consciencia de la complejidad desterrando prejuicios y desvelando la necesidad colectiva de reconocerse en un perfecto mosaico que constituye la esencia creativa de la humanidad.

Dentro de dicho mosaico nos encontramos con la diversidad funcional, cuyo reto fundamental es ser valorada en ilímites y gozar de los mismos derechos e igualdad de oportunidades que el resto de la ciudadanía. La diversidad funcional tiene que formar parte de esa unidad generadora que mueve la sociedad. Tenemos que saber aprovechar cada ilímite para esa unidad generadora de modo que seamos capaces de forjar huecos de autorrealización para todas las personas, evitando arrabales de exclusión.

5. Asunción crítica de valores

Esta complejidad sociocultural nos exige poner en marcha una educación problematizadora. Los hermanos García Córdoba (2015) afirman que:

Problematizar es intentar aproximarse al objetivo de estudio desde distintas perspectivas, explorar alguna de ellas antes de elegir. Todas las alternativas pueden ser apropiadas, pero solo algunas resultan afortunadas. Se han de valorar las limitaciones de cada planteamiento. La pregunta inicial, que expresa el interés del sujeto, se puede convertir en el hilo conductor del trabajo, pero deberá plantearse y replantearse. La finalidad es lograr la pregunta (o grupo de preguntas) de investigación fecunda y creativa. (p.19).

De este modo la asunción de la escala de valores se produce cuando somos capaces de divisar la necesidad de dicho valor desde múltiples perspectivas, asumiendo que sin ese valor nuestra sociedad no sería igual y que su ausencia nos llevaría colectivamente a otro devenir histórico.

Resulta imprescindible que la persona se alinee con los valores colectivos para a partir de ellos forjar comprensión y caminar hacia una convivencia positiva con la diversidad que confluya en la generación de una sociedad que comparte su propio bienestar.

La asunción crítica de valores nos asegura la continuidad de una sociedad que apuesta por la inclusión y procura generar oportunidades de futuro para todos sus miembros.

Cuando una persona y la sociedad problematiza un valor, ese valor se perpetúa en el devenir social porque es interiorizado y percibido como imprescindible e irrenunciable tanto individual como colectivamente, lo que lo convierte en un cimiento social.

A continuación, se expone un mapa conceptual a través del que se trata de responder a la siguiente pregunta: ¿Cómo se problematiza un valor?

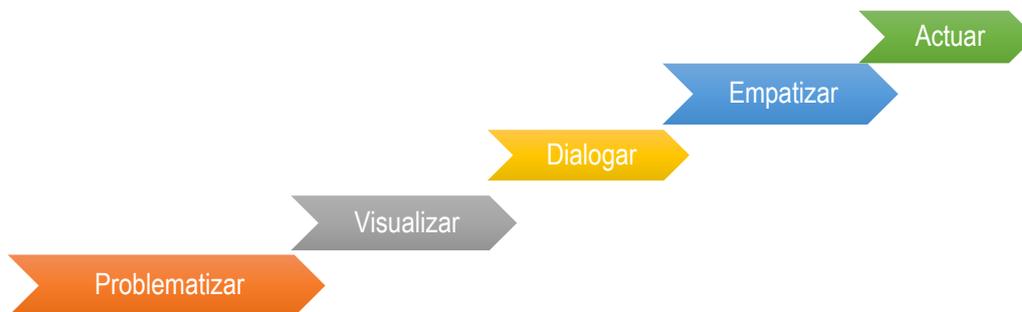


Figura 2.

Alguien se puede preguntar para qué sirve la empatía; entonces, conviene analizar lo que supone la existencia de la empatía en nuestra realidad:

-Consciencia del problema. ¿Cómo sería nuestra realidad sin empatía? ¿Cómo le afectaría a cada persona de nuestro entorno?

-Visualizar situaciones. Cogemos hechos concretos de la realidad y pensamos cómo hubieran sido sin la existencia de la empatía.

-Dialogar con todos los implicados. Establecemos las soluciones ideales del problema para cada implicado como si fueran salidas de la rotonda y, a partir de ahí, nos proponemos la búsqueda de una salida colectiva que implique el menor trauma posible para todos.

-Valoración de las perspectivas ajenas. Procurando construir soluciones favorables para todos y empatizando con aquellas personas que, de alguna manera vean perjudicados sus intereses.

-Actuar de acuerdo con nuestro propio criterio y valores.

Este modelo de análisis nos invita, de nuevo, a ponernos en el lugar de la diversidad y reflexionar sobre los obstáculos que le impone la sociedad. Se trata de un ejercicio de empatía que nos invita a analizar la coherencia con nuestra escala de valores. Al hacer este ejercicio, corremos el riesgo de descubrir algo en nuestra propia actitud incongruente. Tenemos que saber que esto es una información que nos da la oportunidad de cambiar y actuar de acuerdo con los valores problematizados. Por lo tanto, entra dentro de un proceso de aprendizaje que simplemente nos alinea con lo que queremos ser para avanzar en nuestro periplo vital.

La asunción crítica de valores nos lleva a construir un espacio democrático en el que garantizamos que la comunidad es lo que desea ser sin que ello conlleve enfrentamientos con fracturas irreversibles.

6. Gestión de conflictos

De lo dicho anteriormente, se puede deducir que el conflicto es una oportunidad de contraponer visiones y perspectivas. En la medida en la que sepamos llegar a puntos de encuentro y practiquemos la empatía con nuestro interlocutor, evitaremos enquistar dichos conflictos y podremos enriquecernos con las aportaciones del grupo. Todo depende de si vemos en el conflicto un obstáculo o, como se ha citado anteriormente, una oportunidad.

Realmente, el conflicto es una rotonda de la que tenemos que salir unidos y para eso tenemos que saber construir un camino común, cediendo todos pero, también, reflejando las esencias de todas las ideas puestas en común. Ahora la visión poliédrica nos invita a ver el problema desde el punto de vista de nuestro oponente para comprender sus razones sin renunciar a nuestra posición. Posteriormente tenemos que preguntarnos como construir un punto de encuentro, es decir, una salida conjunta a la rotonda en la que todas las partes salgan beneficiadas o que, en el caso de no poder evitar perjuicios, exista la voluntad de resarcirlos de modo satisfactorio.

Nos cuesta mucho ver el lado positivo del conflicto. Para empezar, hablamos del conflicto como un problema y no como una oportunidad de crecimiento. No nos planteamos ver el mundo desde las perspectivas de nuestro oponente, mucho menos comprenderlo. De modo que tendemos a enquistar el conflicto y hacer de él un motivo para separarnos de la persona.

En cambio, existe la posibilidad de sentarnos a analizar lo que pasa y esto precisa empatía para ser capaz de meternos en la piel de nuestro interlocutor. Situados en la rotonda ahora tenemos el reto de construir un camino entre dos y esto requiere definir las exigencias fundamentales de cada parte y ver cómo podemos encajarlas para seguir juntos.

Resulta difícil la gestión de un conflicto, sin embargo, en la medida en la que tengamos éxito negociando, saldremos más reforzados del mismo y esto favorecerá el desarrollo del proyecto que estemos acometiendo.

En la diversidad funcional, sobre todo cuando lleva implícita una dependencia, resulta imprescindible formar para la adecuada gestión del conflicto. Es un colectivo cuyas funciones más básicas dependen de una tercera

persona y no resulta fácil amoldarse al día a día. Los profesionales de la dependencia tienen que acostumbrarse a que cada usuario es un mundo, reconocer sus preferencias y adaptarse a las mismas. Negociar constituye el día a día, por ejemplo, en la asistencia personal en donde las funciones del “cuidador” se prolongan hasta convertirse en las manos de su usuario para realizar todas las tareas que no pueda hacer por sí mismo. Esto implica conocerse de modo profundo y mantener un diálogo constante, así como claridad en los pactos alcanzados.

El proteccionismo con las personas con diversidad funcional puede llevar a evitar el conflicto, cediendo ante la persona o tratando de manipularla hacia la solución deseada. Nos situamos ante una minimización de la persona a la que cínicamente le hacemos sentir una valoración que realmente no existe.

La diversidad funcional debe ser tratada en todo momento y lugar en igualdad de condiciones; por lo tanto, obviar un conflicto nunca apoyará su inclusión. El conflicto hay que afrontarlo tratando de empatizar con el punto opuesto siempre sobre la base del respeto mutuo.

7. Resiliencia.

La resiliencia es una herramienta fundamental para una educación inclusiva ya que nos permite adquirir un conjunto de competencias que nos ayuda a enfrentarnos a la adversidad. A través de estas competencias podemos buscar soluciones que tiendan a la cooperación y a la interdependencia desde el reconocimiento de la propia identidad y construyendo siempre sobre la base del reconocimiento mutuo.

La resiliencia contiene una serie de competencias que es preciso visualizar a través del análisis de la propia historia de vida. En numerosas ocasiones no somos conscientes de todo lo que fuimos capaces de hacer hasta que lo vemos desde fuera; entonces, nos damos cuenta de que teníamos en nosotros mismos un compendio de capacidades que nos permiten salir adelante en situaciones límite. La resiliencia se convierte en una herramienta inclusiva cuando nos hace capaces de contar nuestra propia historia y extraer de ella un propósito vital acompañado de una actitud para desenvolver la vida. Siguiendo Forés y Grané (2012), la resiliencia nos ayuda a generar consciencia en 3 acciones:

- Creación del sentido. Reconocimiento consciente de la realidad para responder a la misma desde nuestra escala de valores
- Tener sentido. Dotar de significatividad nuestra vida diseñando su propio plan de acción para caminar, con impronta propia hacia nuestro proyecto vital.
- Dar sentido. Procurar transmitir valores de afectividad y convivencia, legitimando siempre el ser del otro y buscando caminos para crecer de modo interdependiente.

Estas 3 acciones entroncan con 3 verbos, definidos por Grotberg (2006), que nos invitan a ser conscientes de todas las herramientas a nuestro alcance y movilizarlas hacia un plan de acción:

- Puedo. Valoración de nuestros límites enfocándolos hacia la superación de la adversidad.
- Soy. Fortalecimiento del autoconocimiento personal y reafirmación en la propia escala de valores.

-Tengo. Valoración de los recursos que nos ofrece nuestro entorno para idear un plan de acción que nos permita surcar la adversidad.

Otra gran herramienta que ofrece la resiliencia es la posibilidad de crear un relato en el que la persona tome consciencia de lo vivido y de cómo ha actuado ante la situación límite. Este es un ejercicio que podemos enriquecer con todas las perspectivas posibles. Como complemento a esta visión poliédrica, o como medio para estructurar la propia historia, se puede utilizar el método SOCS de Lamont (Goleman 1996) que propone analizar la realidad teniendo en cuenta 4 aspectos:

-Situación. Contexto en el que sobreviene la adversidad.

-Opciones que tenemos para mejorar nuestra situación en la “rotonda” de la adversidad.

-Consecuencias. Valoración de cómo se ha llegado a la situación actual desde el mayor número de perspectivas posibles para generar alternativas.

-Soluciones. Abren las salidas a la “rotonda” de la adversidad impulsándonos a elegir para superar la situación límite.

La resiliencia es la cumbre de la voluntad humana y en ella reconocemos el poder que reside en nosotros mismos y que nos apoya cuando las circunstancias se vuelven adversas.

La actitud resiliente es un equilibrio constante entre la resistencia y la flexibilidad. Es ser roble que resiste todo tipo inclemencias y al mismo tiempo tener la capacidad de moldeado de un herrero que golpe a golpe genera un nuevo estado al metal más duro. Ser resiliente es surcar lo adverso descubriéndose a uno mismo para caminar desde la vulnerabilidad a la estabilidad.

Esta competencia nos permite, además, realizar un ejercicio de recapitulación sobre nuestra propia historia. Nos permite contar nuestra historia realizando, sobre los hechos, un análisis DAFO que nos haga conscientes tanto de nuestros propios límites e ilímites como de las posibles adversidades que nos podemos encontrar. Este DAFO nos permite, también, visualizar nuestros aciertos y errores para evaluar si la estrategia elegida nos lleva correctamente a nuestro destino. Las historias de resiliencia acostumbra a tener las siguientes características:

-Firme creencia de la persona en sí misma y en el propio proyecto ante la adversidad.

-Construcción de relaciones de interdependencia que generen sinergias para salir de la diversidad.

-Visualización de la calma desde la tempestad, generando una imagen positiva que nos impulse hacia la construcción de una salida.

-Tejer empatía y otras emociones positivas que nos ayuden a sobrellevar la situación.

-Flexibilidad ante las circunstancias, procurando adaptarse mientras no podemos modificarlas.

-Resistir con perspectiva, sin olvidar nunca el sentido de nuestras acciones.

Poner en práctica la actitud resiliente es decidirse como Machado (1989) a hacer camino al andar para recoger la experiencia de nuestra propia senda.

La resiliencia es una herramienta inclusiva porque se basa en el reconocimiento de la persona y en la gestión de su experiencia como medio de visibilización que nos permite generar consciencia social sobre necesidades ocultas.

A menudo vivir con una diversidad funcional (sobre todo si es sobrevenida) exige resiliencia y se pone en práctica de modo inconsciente tratando de salir adelante entre la vorágine del día a día. El hecho de encontrar un espacio para recapitular y visualizar todo lo que se fue capaz de conseguir, resulta fundamental para la superación de la situación límite.

La resiliencia es una herramienta que se debe tener en cuenta en la intervención con casos de diversidad funcional adquirida donde, en un primer momento, la persona se enfrenta a una nueva realidad que de modo drástico anula toda su vida anterior para centrarse en la recuperación de su propia salud. Por otra parte, resulta difícil asumir una dependencia. En este sentido, el afrontamiento depende de dos variables:

-La distancia entre la afectación adquirida y el área de desarrollo del límite: en este caso, cuánta más distancia exista, más fácil será el afrontamiento.

-La consciencia adquirida sobre la situación define las posibilidades de recuperación según el grado de implicación en la misma.

En el caso de la diversidad funcional adquirida, la resiliencia es un modo de cambiar el enfoque del porqué al para qué, abriéndole posibilidades a la rotonda.

Más allá de en qué campo se aplique la resiliencia es una herramienta de inclusión porque constituye una invitación a cambiar la realidad y construir una nueva estabilidad que nos ayude a recuperar nuestro propio espacio vital. Inclusión y resiliencia están unidas en el común objetivo del bienestar y en la idea de que siempre es posible cambiar las circunstancias y reformular nuestra propia vida.

8. Consciencia crítica

Es imprescindible que, a través del coaching, sembramos un conocimiento exhaustivo de la sociedad en la que vivimos. Esto hace imprescindible la generación de espacios de convivencia que nos lleven a visualizar los cambios colectivos que sufrimos en el devenir histórico para, posteriormente, ver si dichos cambios responden o no a lo que queremos ser. La consciencia crítica se desarrolla a través de cuatro competencias básicas:

I. Asertividad. Nos invita a defender nuestros puntos de vista con la misma intensidad que respetamos los ajenos.

II. Proactividad. Nos impulsa actuar bajo nuestro propio criterio generando soluciones hacia la construcción de nuestros objetivos.

III. Capacidad analítica. Marcada por el análisis de perspectivas que propone la visión poliédrica.

IV. Empatía. Capacidad de ver, valorar y comprender la perspectiva opuesta.

A través de la consciencia crítica, además de conocer exhaustivamente nuestra realidad, nos reconocemos como sus integrantes fundamentales. Sobre estas dos premisas construiremos nuestro proyecto vital.

Ser consciente es vivir en un tiempo y en un lugar, construyendo nuestro futuro de acuerdo con las características del entorno. Gil (2012) afirma "vivir el presente es la total entrega al instante que vivimos descubriendo y

experimentando con absoluta intensidad cada de uno de sus matices. Una existencia plena sería la sucesión ininterrumpida de experiencias sentidas de esta manera." (p. 73)

Esto supone hacernos cargo de nuestro propio pensamiento independientemente de la opinión general. En este sentido, es necesario educar para la criticidad, para la convivencia y el respeto mutuo que nos haga conscientes de lo que somos.

Resulta fundamental la promoción del auto respeto, del amor a uno mismo que nos lleva a creer y crear nuestro propio presente y futuro. Aquí, la teoría inclusiva se une al bienestar personal para promover la auto- aceptación, esa base sobre la que el ser humano desarrolla su capacidad creadora.

La consciencia crítica, también, nos lleva a enfrentarnos a una realidad incierta que, a menudo, da miedo y parece que nos cierra los caminos de la rotonda. Desde la educación se puede ayudar a la persona a afrontar la incertidumbre y a decidir el propio camino frente a la misma. Esto exige flexibilidad para adaptarnos a las circunstancias sin sentir la losa definitiva del fracaso ante los avatares. En este sentido, las personas somos un torno de alfarero y, al mismo tiempo, la mano que lo moldea; de modo que siempre hay un camino para aprender del error rectificándolo.

Quizás, el elemento central de esta consciencia crítica sea nuestra propia escala de valores. Ésta es nuestra parte más inamovible; sin embargo, su asunción tiene que ser crítica y consciente para constituir una base sólida sobre la que actuar en las distintas situaciones que nos presenta la vida.

La consciencia crítica nos capacita para construir nuestro propio proyecto vital de acuerdo con el entorno que nos rodea, de modo que facilita nuestro encaje en la sociedad y, por lo tanto, nuestra propia inclusión. Una sociedad crítica se asegura ser la dueña de su propio futuro, decidiendo constantemente qué y cómo quiere ser.

9. Interdependencia

Dado que la inclusión implica entretrejerse para crecer juntos, resulta básico hablar de interdependencia. La interdependencia supone la construcción de sinergias colectivas teniendo en cuenta las características de cada persona sin ningún tipo de exclusión. En este sentido, se define por la creación de un objetivo colectivo que incluye objetivos personales para, posteriormente, definir un plan de acción cooperativa y comunitariamente. Según Covey *et al* (2011):

La realidad es que formamos parte de una vasta ecología viva muy interrelacionada. La calidad de vida es interdependiente. Es una vista totalmente integrada de 360° (...). En el centro se haya la dimensión personal. Todos somos un individuo. Poseemos dones humanos singulares, cierto nivel de carácter y facultades para emplearlos a fin de satisfacer nuestras necesidades y capacidades fundamentales. Como individuos establecemos relaciones con otros individuos. Ésta es la dimensión interpersonal. (p.241)

La interdependencia es posible sobre la base de los valores, necesita, por lo tanto, consciencia crítica. Como la herramienta anterior, sigue precisando un diálogo intenso que nos permita valorar adecuadamente todas las perspectivas. La consciencia crítica nos impulsa al conocimiento de la diferencia, la interdependencia nos entreteje con ella para construir una nueva realidad.

Al compartir los valores morales de la consciencia crítica, la interdependencia nos acerca a un elemento educativo fundamental para la vida: el compromiso. La capacidad de mantener nuestros compromisos marcará nuestra coherencia e integridad vital de modo que el desarrollo del proyecto vital depende directamente de la solidez de nuestra escala de valores.

Paulo Freire (2000) nos recuerda que los hombres se educan en comunión, de modo que la interdependencia supone una puesta en común de los valores defendidos por una determinada sociedad. En la medida en que exista un pacto social en cuanto a los valores establecidos, las relaciones de interdependencia serán más sólidas y tendrán más posibilidades de fructificar en un proyecto colectivo.

La interdependencia también nos ayuda a valorar la creatividad personal y a fomentar su desarrollo en el seno de la comunidad. A través de esa creatividad fomentamos la autoestima de la persona y su plena inclusión, pero supone creer en los límites de cada individuo y forjar para ellos un espacio social.

La interdependencia es un cambio evidente de mentalidad para instaurar lo que Covey (2009) como la mentalidad de abundancia que:

Surge de una profunda sensación de valía y seguridad personales. Se trata del paradigma de que en el mundo hay lo bastante gente para que nadie se quede sin lo suyo. El resultado es que se comparten el prestigio, el reconocimiento, las utilidades, la toma de decisiones. Se generan posibilidades, opciones, alternativas y creatividad.

La mentalidad de abundancia toma la alegría, la satisfacción (...) y las exterioriza apreciando la singularidad, la dirección desde el interior, la naturaleza proactiva de los otros. Reconoce las posibilidades ilimitadas del crecimiento y desarrollo de la interacción positiva, creando nuevas "terceras alternativas". (p.290)

Covey nos propone la búsqueda constante del beneficio mutuo a través del establecimiento de tratos ganar-ganar, una victoria pública que nos impulsa a compartir constantemente límites y recursos. Esto constituye un pilar fundamental de la inclusión que sólo es posible en una sociedad cooperativa que persigue un bienestar común.

Existe una sinergia latente entre la resiliencia, la interdependencia y la consciencia crítica. Estas tres herramientas facilitan la implantación de los proyectos vitales en un determinado contexto, entretejiendo intereses hacia un fin colectivo de progreso. La resiliencia le aporta a la inclusión aprendizaje vital y herramientas para responder a distintas situaciones límite. La consciencia crítica le aporta un conocimiento exhaustivo de la realidad, junto con un análisis continuo de la misma que nos permite valorar los cambios y, al mismo tiempo, las alternativas de respuesta a dichos cambios. La interdependencia nos acerca a la demostración de cómo se pueden entretejer límites para superar límites en colectivo a través de sinergias creativas que nos llevan a ser más, caminando hacia una sociedad que valore y recoja el bagaje vital de cada persona incorporándolo al aprendizaje colectivo.

Una sociedad capaz de aprender de sí misma y avanzar a través de sus propios valores entretejiéndose para afrontar el presente y crear el propio futuro es, sin lugar a dudas, una sociedad inclusiva.

10. Codesarrollo

La interdependencia y los valores inclusivos nos llevan a una nueva forma política de actuar: el codesarrollo que introduce en la inclusión un nuevo término fundamental que es la equidad. Contribuir al desarrollo de otros colectivos es establecer una voluntad de convivencia que destierra la ignorancia y, por supuesto, ocupa el lugar de la coexistencia que caracteriza a las sociedades exclusivas y segregadoras. El codesarrollo implica conocimiento mutuo sobre la base de un ejercicio empático que nos lleva a formular el deber de buscar la autorrealización de todos los miembros de la comunidad.

Una sociedad inclusiva no puede permitirse arrabales en su interior, tiene que fundamentarse en los valores democráticos y, a partir de ellos, educar para la solidaridad y la interdependencia.

El codesarrollo tiene que instaurarse de abajo a arriba hasta llegar a convertirse en un fenómeno mundial, pero resulta imprescindible que las personas perciban sus efectos para que se produzca una adhesión colectiva a esta idea. El codesarrollo no puede permitir las diferencias socioeconómicas sustentadas en prejuicios basados en las diferencias socioculturales. Tiene que instaurarse como una materialización de la inclusión de modo que se establezca como una realidad compleja, un fenómeno transversal de cambio político, económico, social, científico y cultural. Es una voluntad explícita de universalizar el bienestar respetando escrupulosamente la diversidad.

De lo dicho anteriormente, se puede deducir que no hay sociedad inclusiva sin un codesarrollo equitativo. El bienestar no puede ser una condonación caritativa de arriba abajo, tiene que ser un derecho que abarque a la totalidad de la sociedad, en un proceso crítico y consciente que reconozca el hecho de que la interdependencia genera sinergias cuyo efecto es superior a cualquier suma de resultados.

Una sociedad basada en el codesarrollo tiene una mayor capacidad de protección de la vulnerabilidad, lo que es un seguro fundamental a la hora de desarrollar el proyecto vital.

Educar en la inclusión significa creer que cada persona es un componente fundamental para el desarrollo colectivo haciendo de cada ciudadano un componente imprescindible de la sociedad. La inclusión es una forma de organización social y, como tal, se convierte en un proceso político que es necesario dar a conocer buscando apoyos para su implantación definitiva. Es, en cierto modo, un cambio de cultura que nos abre al mundo, arrancándonos del egocentrismo y del etnocentrismo para desvelarnos la necesidad de conocer nuevas formas de ver el mundo, nuevas culturas que nos traen formas de ser fruto de una evolución distinta a la nuestra, pero capaz de aportar nuevas perspectivas a la historia de la humanidad.

La inclusión nos invita a dar el paso de la multiculturalidad a la interculturalidad, una invitación explícita a interactuar con la diferencia y establecer sinergias con la misma. Una característica fundamental del modelo inclusivo es la eliminación de los compartimentos estanco. Ya no se trata de que distintos colectivos luchen por su integración. Esto implicaba coexistencia; en cambio, la inclusión implica unirse para superar la adversidad, unirse sin etiquetas procurando incorporarse a una sociedad que es diversa y tiene que reconocerse necesariamente en esa diversidad para convertirla en un valor que la hace única e irrepetible.

Las herramientas que se proponen para que persona y sociedad se reconozcan y se den la mano son herramientas de consciencia que nos hacen visualizar lo que somos y lo que podemos llegar a ser para, a partir de ahí, construir nuestro propio camino. La inclusión requiere por un lado proactividad y una ciudadanía que quiera y luche por correr su propia carrera y, por otro, un continuo establecimiento de interdependencias sinérgicas que nos lleven a construir un ser colectivo. Es, pues, un modelo en continua construcción que exige remodelaciones acordes con el devenir de la realidad; quizás el lema de una sociedad inclusiva lo dejara escrito Antonio Machado en aquellos versos que afirmaban caminante, no hay camino, se hace camino al andar.

La sociedad inclusiva se está haciendo constantemente a través de múltiples procesos de aprendizaje que compondrán el gran legado colectivo que definirá la sociedad que está por venir.

11. Bibliografía

- Covey, S. et al. (2011). *Primero lo primero: vivir, amar, aprender, dejar un legado*. Barcelona: Paidós.
- Covey, S. (2009). *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*. Barcelona: Paidós.
- Forés, A., y Grané, J. (2012). *La resiliencia en entornos socioeducativos*. Madrid: Narcea S.A. de Ediciones.
- Freire, P. (2000). *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- García, F., y García, L. (2005). *La problematización. Etapa determinante en una investigación*. México: Cuadernos ISCEEM (1).
- Gil, J. (2012). *La senda del despertar*. Vigo: Bubok Publishing S.L.
- Goleman, D. (2010). *Inteligencia emocional*. Barcelona: Kairós.
- Grotberg, E. H. (2009). *La resiliencia en el mundo de hoy. Como superar las adversidades*. Barcelona: Gedisa.
- Machado, A. (1989). *Campos de Castilla*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- Morín, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Madrid: Editorial Paidós Ibérica.
- Pérez, I. (2015). *La aplicación y desarrollo de la teoría del límite en contextos educativos formales y no formales*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Pérez, I. (2016). Coaching e inclusión (en línea). <<http://blogs.comillas.edu/fei/coaching-e-inclusion/>>, acceso 17 de febrero de 2017.

Sobre el autor:

Dr. Iago Pérez Santalla.

Grado en Educación Social por la Universidad de Coruña (España). Máster en Servicios Culturales y Doctor cum laude en Humanidades y Servicios Culturales por la Universidad de Santiago de Compostela (España). Certificación como coach por IESEC-HUMAN. Publica en el 2009 O límite de pensarte libre

Revista Nacional e Internacional de Educación Inclusiva
ISSN: 1889-4208.; e-ISSN 1989-4643. Volumen 10, Número 2, Diciembre 2017

(Toxosoutos, Noia) y en el 2011, Junto con Manuel Rivero, El límite del potencial humano (Escuela de Finanzas, A Coruña). En 2015 lee su tesis La aplicación y desarrollo de la teoría del límite contextos educativos formales y no formales. Siendo calificada como sobresaliente “cum laude”. En la actualidad es profesor de prácticas externas en la Escuela de Relaciones Laborales de A Coruña, centro adscrito a la Universidad de A Coruña(España).

Desde marzo de 2016 es colaborador del Foro de Educación Inclusiva gestionado por las Universidades de Comillas, Deusto y Ramón Llull.